

La presencia corporal del analista

Adriana Yankelevich

*“mira que la dolencia
de amor, que no se cura
sino con la presencia y la figura”.*
San Juan de la Cruz

Existe un fenómeno clínico que estoy observando con frecuencia creciente en mi práctica. Se trata de personas para las cuales el mundo externo, multisensorial y tridimensional, que transcurre en las coordenadas de tiempo y espacio, tiene un significado empobrecido, desleído. Es una serie que va desde la falta de interés por el mundo externo a un desconocimiento radical del mismo; acompañada por desubjetivación, pérdida del sentimiento de sí y pérdida de la sensación de interioridad mental. Frente a esto, quiero resaltar la importancia de un aspecto muy básico de la función del analista, que pertenece al encuadre y que está dado por su presencia real, corpórea, en el consultorio, que considero el antídoto específico para la situación clínica que intento describir.

Bleger conceptualiza el encuadre como una institución, y dice que como tal funciona como límite del esquema corporal y el núcleo fundamental de la identidad, constituyéndose en el mundo fantasma de la organización más primitiva e indiferenciada. “El encuadre forma parte del esquema corporal del paciente; es el esquema corporal en la parte en que el mismo todavía no se ha estructurado y discriminado; quiere decir que es algo diferente del esquema corporal propiamente dicho: *es* la indiferenciación cuerpo-espacio y cuerpo-ambiente”. (Bleger, J., 1967). Es mi intención postular aquí que ese elemento tan constante dentro del encuadre, el cuerpo biológico del analista, que es sostén, organizador y portavoz de su

palabra, presenta un límite a la relación narcisística, al control omnipotente y a la anulación del cuerpo propio del paciente, de su esquema corporal como sustrato de su constitución yoica y a la negación de la existencia de la persona y el rol del analista, situaciones profusamente ilustradas en la literatura, pero que actualmente tienen un estilo, un modo de presentación propios, así como encuentran en la presencia masiva e invasiva de las nuevas tecnologías y lo virtual en la vida cotidiana un estímulo o un medio ambiente propicio para su aparición.

Joel Zac (1971) define el encuadre como la fijación de ciertos factores en forma constante y definitiva. Entre éstos menciona la existencia real del analista, un elemento que en la actualidad cobra muy especial relevancia, ofreciendo por la sola presencia simultánea del cuerpo-mente del analista en el mismo espacio que ocupa el cuerpo-mente del paciente, un rotundo contraste con las experiencias deprivadas emocionalmente del contacto cotidiano con el universo digital, bidimensional, intangible e inerte.

EL ENCUENTRO

Dos personas se saludan: dependiendo de la zona del mundo en que se encuentren se dan la mano, se besan en la mejilla o simplemente inclinan la cabeza mientras se miran a los ojos. Entran en una habitación, una de ellas se recuesta, la otra se sienta detrás. Aún antes de que empiecen a hablar, tuvieron oportunidad de recibir y enviar enormes cantidades de información, la mayor parte de la cual no llegará nunca ser consciente, acerca del estado interior e inconsciente de cada uno, acerca de la situación emocional expresada en términos corporales: la temperatura irradiada por el cuerpo, el olor, la velocidad de los movimientos, la gestualidad de la cara. Si no se trata del primer encuentro entre ambos, se produce una comparación inmediata con situaciones anteriores. Todo esto ocurre a enorme velocidad y en una gran cantidad de registros. Ambos se reconocen, hacen contacto. Uno de ellos ha sido entrenado para estar atento a sus propios registros del otro y transformarlos en palabras que le aporten a quien en esa ocasión está acostado información que le permita saber más acerca de su persona. Si bien la información más específica que el analista brinda se traduce en términos lingüísticos y con la forma de la interpretación, la cantidad de información que recibe y transmi-

te de modo extralingüístico es muy grande y puede tener en ocasiones más importancia que el significado estricto de su discurso. El lenguaje alberga en sí la precisión de la sintaxis y la sensibilidad de lo paraverbal. El tono, las modulaciones de la voz, suelen transmitir los matices emocionales con una eficacia que los analistas conocemos bien.

La escena que acabo de describir corre el riesgo de transformarse en anacrónica en no muchos años. Que dos personas se encuentren para hablar y que se vean en su tridimensionalidad, que se perciban con todos sus sentidos, que se huelan y oigan, que perciban por cercanía la velocidad de los latidos cardíacos, el modo de respirar, etc., constituye una experiencia humana de contacto que es previa al lenguaje en un doble sentido: porque lo antecede evolutivamente y porque se presenta en cada encuentro con velocidad que excede la emisión y recepción del sonido articulado; es, obviando el dramatismo de la imagen, como el relámpago al trueno. Ahora bien, en estos tiempos en los que lo virtual se enseñorea de las mentes y les hace perder sensorialidad y emocionalidad, la más simple de las situaciones del encuadre, la presencia corpórea, consistente, tridimensional, biológica del analista, se transforma por un lado en un acto de resistencia humano y por el otro en un acto analítico en sí, en tanto contiene múltiples significados, algunos de los cuales se encuentran presentes en cada encuentro y a los que nosotros damos por sentados, como cuestiones demasiado básicas para continuar teorizando sobre ellas, pero que a la hora de devolver a alguien su sensación plena de existencia se transforman en herramientas clínicas de valor intrínseco, que por otra parte no pueden ser suplantadas por nada.

Es imposible, por su profusión, su existencia simultánea en múltiples registros y su velocidad, traducirlo en palabras pero creo que podría ser algo así: “Acá estoy, soy parecida a usted, pero no igual, soy muy parecida a quien fui ayer, pero no igual. Estoy con usted en esta parte del mundo, ocupo en él un espacio que ni usted ni nadie puede ocupar al mismo tiempo. Mis movimientos son quizás un poco lentos para su gusto, pero usted no puede acelerarlos a voluntad. Tampoco mi existencia depende de su voluntad, puede cerrar los ojos, taparse los oídos, puede incluso no venir más, pero por un tiempo y en constante cambio, continuaré existiendo. Eso que percibe es mi olor, una composición única que usted conoce y que si variara, le advertiría acerca de cambios emocionales. Soy un seme-

jante, un otro humano, que existía antes de este encuentro. Mi pecho sube y baja con cada respiración, como lo hace el suyo. Hay un espacio entre nosotros, un espacio que ambos respetamos y con el cual nos sentimos medianamente cómodos. Cuando nos saludamos ese espacio se achicó a su mínima expresión, entonces usted pudo percibir la temperatura de mi cuerpo, diferente de su propia temperatura. Estoy viva, lo que significa que alguna vez voy a morir, soy consciente de ese hecho de un modo variable, aún así sonrío. Todo en mi gestualidad indica que lo reconozco y lo saludo, lo recibo y me dispongo a escucharlo. Reconozco, a mi vez, que usted ocupa un espacio en este tiempo, lo huelo, lo miro caminar y acostarse en el diván, sepa usted que lo percibo en todas sus dimensiones; hoy dejé un pie fuera del diván y tardó un poco en empezar a hablar”.

LAS CONSECUENCIAS DE LA VIRTUALIDAD Y EL VALOR DEL ANALISTA

El reconocimiento de la existencia del otro no es un hecho innato, espontáneo y constante. El otro es construido en la temprana infancia a partir del desvalimiento inicial del ser humano “fuente primordial de todos los motivos morales” (Freud [1950]1895). La concepción del otro, es decir de la madre, como un ser íntegro y en algún punto semejante al niño, corre muy pareja con la construcción de la propia identidad.

El universo de imágenes virtuales constituye un medio que facilita la regresión a un estadio de omnipotencia infantil, donde la humanidad del otro puede ser negada con facilidad, ya que nadie en el éter virtual existe realmente, es tan poco real el otro como lo es el sujeto. Este tipo de situaciones pueden comprenderse con el modelo teórico clínico de Susana Dupetit para las adicciones, “...cuando la organización omnipotente extiende su conquista y la dependencia adicta avanza en gravedad, el individuo rigidifica cada vez más su sistema defensivo tratando de alejarse de lo animado y dirigirse a lo inanimado, apelando para ello, a sus fantasías, en un intento inconsciente de inanimizar lo animado y animizar lo inanimado” (Dupetit, S., 1983). Del mismo modo la ilusión omnipotente infantil de ser el demiurgo creador, controlador y manipulador de todas las cosas, encuentra en el ejercicio de lo virtual un sustrato excelente para su desarrollo. Para ejemplificar esto, vale la pena describir algún ejercicio de lo virtual y el modo en que opera. “Second Life” es el nombre de un sitio en

internet en el que las personas ingresan a través de un personaje que los representa, una caricatura que puede ser modificada a voluntad, otorgándole los caracteres físicos deseados. En este universo suceden situaciones paralelas a las del universo real, las figuritas comen, tienen relaciones sexuales, intercambian dinero. Muchas empresas, así como artistas y políticos reconocidos tienen su representación en el mismo. Una paciente de 30 años adicta a este ¿juego? se pasa horas transitando por la ciudad dibujada en la pantalla, como un *flaneur* digitalizado. Es una mujer de características fóbicas marcadas. La imagen que creó para representarse es la de una mujer provocativa, que tiene relaciones con distintos hombres, y es muy popular. Cuando se siente frustrada por alguna situación, simplemente apaga la máquina. Podría suponerse que este ejercicio tiene para ella el mismo papel que las fantasías o los sueños diurnos, en tanto mestizos que conjugan pensamiento primario y secundario, realidad y deseo. Sin embargo, se trata de un fenómeno muy diferente. Lo que sucede en esa virtualidad, existe para otros y consiste para ella en una sustitución de los vínculos con otros seres humanos. Hay una convicción compartida de la existencia real de ese universo virtual. Existe, por tanto una falta de discriminación entre mundo externo y mundo interno, tomando como modelo para la comprensión del fenómeno a la personalidad ambigua de Bleger y la persistencia la indiferenciación primitiva con presencia de un Yo sincrético. En otras situaciones clínicas, no se trata de falta de discriminación, sino de negación de las diferencias entre mundo externo y mundo interno, constituyendo un ejemplo de funcionamiento perverso en algunos casos y de funcionamiento psicótico en otros. En el universo virtual, el tiempo y el espacio ya no parecen ser límites para el ser humano, éste cree trascender su cuerpo biológico, a tal punto que la transustancialidad se experimenta como un hecho real, es decir se cree estar y existir en la pantalla. Este tipo de concepciones alcanzan la dimensión clínica de delirios megalomaniacos.¹ En la base de estas indiscriminaciones se encuentra de modo regular la evitación el dolor

¹ Si se piensa que exagero, baste una cita: “a medida que interactúo con la Red, me reconfiguro a mí mismo; mi extensión-red me define exactamente como mi cuerpo material me definía en la vieja cultura biológica; no tengo ni peso ni dimensión en cualquier sentido exacto, sólo me mido en función de mi conectividad”. El texto no corresponde a una viñeta clínica, pertenece a Roy Ascott, citado por Paula Sibila en *El hombre postorgánico: cuerpo, subjetividad y tecnologías digitales*, 2005, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.

mental. El dolor es una cualidad de lo orgánico que nos diferencia de cualquier dispositivo “inteligente”, es una cualidad de nuestra existencia a partir de la cual la paleta emocional humana se despliega en toda su riqueza.

Está claro que no es la hipótesis de este trabajo postular que internet, el universo virtual o las nuevas tecnologías sean per se causantes de patología en la constitución de la identidad, del mismo modo que no se pueden culpar a las novelas de caballería por la locura de Don Quijote. Pero es obvio que en la actualidad el sentido de identidad y la noción de realidad sufren alteraciones como consecuencia de la presencia masiva de lo virtual y del imperativo actual de conectividad como sinónimo de existencia. Las teorías de las tecnociencias y los discursos sociales de circulación masiva, dejan su impronta en la subjetividad, como lo han hecho siempre, pero con características diversas, por ejemplo su supuesta universalidad.

Hasta tal punto es así que las viejas fantasías de lograr la inmortalidad que acompañaron a la humanidad desde que existe y que encontraron una bella representación en el *Fausto* de Goethe, se recrean actualmente en la idea de trasladar los componentes del cerebro humano a la computadora y de ese modo perpetuar la existencia de la mente extracorpórea y duplicada de modo indefinido. Desde esta perspectiva metafísica, la materialidad biológica es considerada un lastre a superar con la ayuda de la tecnología, desmintiendo su cualidad temporal y espacial. Como señala Paula Sibilía, la inmaterialidad de la información caracteriza a nuestra era, operándose primero una escisión conceptual entre la información y su soporte material, y luego una descalificación de este último, lo que en términos del ser humano implica asumir que “el cuerpo orgánico no forma parte de su ‘esencia’ y que la encarnación biológica de los hombres sería un mero accidente histórico, en lugar de una característica inherente a la vida” (Sibilía, P., 2005).

DE DONDE VENIMOS

La existencia corporal en sus aspectos sensoriales, propioceptivos, locomotores, funcionales, es el asiento inicial de la subjetividad. La identidad se establece sobre la base de la percepción de la propia existencia corporal, que proviene de una serie indefinida de existen-

cias individuales que la preceden y le dieron origen² y contiene en sí la posibilidad de dar inicio a existencias posteriores. El otro polo constitutivo de la identidad es la relación con algún representante de las generaciones anteriores, semejante pero no igual, modelo potencial de lo que el bebé puede devenir, que cumple las funciones de sostén, protección frente a peligros, alimentación, y fundamental y específicamente, contacto emocional. La importancia de este vínculo ha sido estudiada y descripta desde muchos ángulos: Melanie Klein y el vínculo con el pecho materno como primer objeto, Winnicott y el desarrollo emocional primitivo, la teoría del apego de Bowlby, la *rêverie* descripta por Bion, por mencionar sólo algunos. La vida emocional de la madre se expresa de modo corporal: cuando el bebé es sostenido en brazos, percibe temperatura, consistencia muscular, la superficie de la piel, los latidos de su propio corazón cerca del ritmo de otro corazón que late, los movimientos de inspiración y espiración propios y de la madre. Cuando es amamantado, la leche tibia y dulce fluye con una velocidad que en parte depende de la fuerza con que succione y en parte tiene sus propios y misteriosos ritmos de producción y emergencia. Todo esto constituye no sólo el germen inicial de la propia identidad, sino también del esquema corporal, del conocimiento del mundo exterior (incluyendo las concepciones de tiempo y espacio), del reconocimiento de la existencia de otro semejante con su propio cuerpo, su mente y sus emociones. Es a partir de lo corporal que el mundo dramático y fantástico de la vida interior inicial encuentra sus modos de expresión primitivos.

Estas experiencias funcionan a la vez como matriz identificatoria y como límite a la existencia del Yo. Configuran una trama experiencial complejísima de sutiles matices y variaciones, históricamente constituida siempre en relación con otro humano, que es la base de nuestra particular manera de estar en el mundo, de relacionarnos con los demás y de percibir nuestra individualidad. Está muy lejos de fundarse sólo en la relación bidimensional con una imagen, aunque la relación con la propia imagen constituye un hito innegable en la

² Este hecho, hasta ahora universal en la existencia humana, ya que aún en los casos de fertilización asistida o in vitro, el óvulo y el espermatozoide provienen de otros humanos, no parece lejos de modificarse. Es posible imaginar que a corto plazo, la información contenida en el ADN de las células genéticas pueda ser sintetizada en el laboratorio. De este modo, la aparición de seres humanos que no provengan de seres humanos, dejaría de ser una ficción –a lo Phillip Dick “¿Los androides sueñan con ovejas mecánicas?”–, o la versión cinematográfica, Blade Runner y sus replicantes– pasando a constituir una variante de la especie.

aprehensión del cuerpo como una unidad móvil existente en el espacio.

Citando nuevamente a Bleger: “El encuadre del paciente es su fusión más primitiva con el cuerpo de la madre y el encuadre del psicoanalista debe servir para restablecer la simbiosis original, pero justamente para modificarla” (Bleger, J., 1967). Lo que sucede en ese encuadre no ocurre entre dos mentes concebidas como esencias espirituales sino entre (a falta de una denominación mejor) mentes-cuerpos o cuerpos-mentes. El cuerpo-mente emocionalmente vivo del analista cobra una relevancia especial en el tratamiento de pacientes con déficit en el vínculo emocional temprano con la madre, origen de estados de indiferenciación entre mundo externo e interno, y alteraciones varias en la constitución de la identidad. Estos pacientes tienden frecuentemente a reemplazar los vínculos por el contacto con las imágenes de la pantalla. La presencia corpórea y viva del analista actúa de modo ostensivo comunicando en múltiples registros la riqueza emocional que late en cada gesto. Es en esa presencia que la transferencia se instala y despliega. Para analizar estas patologías hay que estar de cuerpo presente en el consultorio.

LA MUCHACHA QUE NO QUERÍA TENER CUERPO

Una paciente de 15 años consulta por un trastorno de alimentación. La madre descubrió que N. escupía la comida en pequeñas bolsitas después de mastigarla. En las primeras entrevistas N. se sienta en el diván. Un mechón de pelo le oculta la mitad del rostro. Parece divertida o excitada con la idea de analizarse. La veo interesada por el impacto visual que su persona puede tener sobre mí, pero no me da la impresión de que sea consciente de mi existencia más que como una mirada. Sin embargo, habla. Cuenta sin el más mínimo matiz emocional la historia de su vida. Es hija única, su padre falleció cuando tenía seis años, de muerte súbita, una noche, mientras ella aparentemente dormía. La madre decidió no despertarla. Recién al día siguiente y con su padre ya enterrado N. se enteró de la muerte. A partir de ese momento, su vida cambió. Se transformó en una chica muy buena, una alumna aplicada. “En los recreos me quedaba quietita y miraba al cielo”. La presencia de su padre, como un ángel invisible e intangible la acompañaba todo el tiempo. En el momento de la consulta actual, la existencia de N. toma una forma tan

superficial y falsa como lo fue la de niña buena en otro tiempo. Actualmente ella quiere pesar 47 kilos. Sólo así va a ser feliz. La cifra fue elegida porque está un poco por debajo del peso ideal para su talla, sin que pueda asociar nada más con este número. Da por sentado que el tratamiento consistirá en una reeducación para que ella coma de manera “normal”, y me avisa que haga yo lo que haga, no está dispuesta a modificar eso, es decir su único deseo. En las entrevistas me entrega poco a poco su secreto. Los trastornos en la alimentación y en el esquema corporal los aprendió de otras chicas. Así como su vida cambió después de la muerte del padre y en compañía del ángel de la guarda que construyó de un modo delirante y probablemente alucinatorio, su destino volvió a dar un vuelco en el momento en el que después de bajar algunos kilos “sube” su fotolog a la red. Así se entera de un grupo virtual que se llama a sí mismo “Las princesas”. “Lo primero que me preguntaron fue si yo era Ana o Mía. Por anoréxica o bulímica, claro. Conocí a tres chicas re-importantes. Ellas me explicaron cómo vomitar, poniéndome el dedo o el cepillo de dientes. Ahora son mis amigas. Vea las fotos de las chicas flaquísimas, divinas y pensaba: yo quiero ser así. Lo único que me importa es volver a casa para sentarme a la máquina a chatear con ellas, a mirar las fotos nuevas de los fotologs. Todo el tiempo tenemos que abrir nuevos fotologs porque nos los cierran”. Cuando le dije que ella pensaba en el tratamiento como un controlador de fotologs y que estaba convencida de que yo quería cerrar el único espacio en el que ella se sentía viva, se sorprendió. Ella hablaba en voz alta, pero no esperaba respuestas, sobre todo no esperaba una respuesta espontánea y que se refiriera a lo que sucedía entre ella y yo en ese momento. “Las chicas, las princesas, son mis amigas, son las únicas que me entienden”. Le dije que ella no quería que yo entendiera nada, ni un poquito de lo que le pasaba, porque si fuera así, podría ponerse en duda que las chicas fueran las únicas que pueden entenderla. La existencia de esta muchacha transcurre la mayor parte del tiempo en el contacto virtual con estas chicas que ella considera más importantes que cualquiera de los seres humanos que tiene cerca, con la posible excepción de su madre. Podría argumentarse que no hay nada diferente en esta viñeta clínica a los fenómenos identificatorios habituales en los adolescentes, descritos por Freud en “Psicología de las masas y análisis del yo”. Sin embargo, considero de suma importancia señalar que lo que ella llama amigas son en realidad seres planos bidimensionales, que podrían no tener existencia real o bien

corresponder a personas muy distintas de las imágenes con las que ella las identifica. “Son como yo, o mejor dicho, como yo quiero ser. Nunca las vi, nunca me encontré con ellas, pero son lo más cercano”. El centro de su identidad en ese momento no está dentro de su cuerpo sino en su imagen en la pantalla, ella existe sobre todo en su fotolog y existe sobre todo cuando su fotolog es visto y comentado por alguno de estos seres que tienen características diferentes de las de los humanos, y son considerados por ella claramente superiores. El cuerpo humano, sus funciones, le parecen groseros y le provocan asco. Las imágenes de las chicas, por el contrario, son delicadas y gráciles. Ella quiere ser una imagen. Quiere ser, parafraseando a Marcuse, unidimensional. En el trabajo analítico con esta paciente tiene una gran importancia mi presencia corporal en las sesiones, presencia que durante un tiempo es negada y sólo aceptada en tanto mirada que la constituye como imagen. Una imagen que ella fantasea que yo admiro y envidio. Poco a poco comienza a desplegar sus fantasías sobre mi cuerpo y sobre mi propia relación con mi cuerpo, que no son más que versiones de su relación con el cuerpo omnipresente de su madre. Frente a su deseo de ser una imagen digitalizable, mi presencia real implica en algún momento al menos un interrogante. Otro elemento de importancia en la apertura del trabajo radicó en que yo pudiera percibir la falta de emocionalidad real que acompaña todos sus relatos y sus representaciones. Su emocionalidad es también plana, como el electroencefalograma de un muerto. Que yo pudiera notar esto la alivió mucho, hecho que considero de buen pronóstico dentro de la gravedad del cuadro.

CONCLUSIONES

Está claro que no basta con la presencia del analista para que un análisis se realice y que la principal herramienta del analista, la más específica e irremplazable, es la interpretación. Pero considero conveniente desde un punto de vista teórico, pero también clínico y técnico, subrayar en este momento el aspecto corpóreo de la relación entre analista y paciente, así como la conciencia del analista de su identidad biológica y corporal, porque a partir de ellas, por un lado de un modo silencioso, por su presencia como un elemento del encuadre, pero también a través de interpretaciones que contemplen y expliciten situaciones de indiscriminación, pueden establecerse

clivajes que permitan al paciente construir diferencias entre mundo externo y mundo interno, adquirir mayor conciencia de las características biológicas y reales de la propia existencia y crear las condiciones para la instauración de la interioridad mental y el desarrollo subjetivo.

BIBLIOGRAFIA

- BION, W. ((1980),1997) *Aprendiendo de la Experiencia*. Barcelona, Paidós.
- BLEGER, J. (1967) *Simbiosis y ambigüedad*. Buenos Aires, Paidós.
- DUPETIT, S. (1983) *La adicción y las drogas*. Buenos Aires, Salto.
- FREUD, S. ((1950) 1895) Proyecto de psicología. En S. Freud, *O.C.*, Buenos Aires, Amorrortu.
- ((1921),1986) Psicología de las masas y análisis del yo. En S. Freud, *O.C.*, págs. 63-136, Buenos Aires, Amorrortu.
- KLEIN, M. ((1945) 1996). El complejo de Edipo a la luz de las ansiedades tempranas. En M. Klein, *Amor, culpa y reparación*, págs. 372-422, Buenos Aires, Paidós.
- ((1946) 1988) Notas sobre algunos mecanismos esquizoides. En M. Klein, *Envidia y gratitud*, págs. 10-31, Buenos Aires, Paidós.
- SIBILIA, P. (2005) *El hombre postorgánico*. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.
- WINNICOTT, D. ((1958) 1999) Desarrollo emocional primitivo. En D. Winnicott, *Escritos de pediatría y psicoanálisis*, Buenos Aires, Paidós.
- YANKELEVICH, A. (2002) Algunas puntualizaciones sobre el dolor en la metapsicología. La producción escrita en la formación analítica, III Jornadas argentinas de candidatos, 110-116.
- ZAC, J. (1971). Un enfoque metodológico del establecimiento del encuadre. *Revista de Psicoanálisis de APA*, XXIX, 2, 593-610.

ADRIANA YANKELEVICH

Trabajo presentado: 09/11/09

Trabajo aceptado: 11/01/10

Adriana Yankelevich

Mariano Acha 1051

C1427DBC, Capital Federal

Argentina

E-mail: adrianayanke@gmail.com